

DON MARCO FIDEL SUAREZ ANTE EL PROBLEMA DE LA LENGUA *

La figura de don Marco Fidel Suárez ofrece a la crítica los más variados aspectos, tanto por su obra escrita como por su intervención en la vida pública colombiana durante medio siglo, como por la misma índole compleja de su carácter. Probablemente esas múltiples facetas no han sido suficientemente estudiadas, ni se ha hecho el enfoque que arroje toda la luz necesaria para apreciar en detalle la posición estética, política, o simplemente humana, que haya de asignársele definitivamente en la historia nacional. Existe, en cambio, una conciencia colectiva entre los hombres de cultura, según la cual el señor Suárez ocupa un alto puesto en el firmamento literario de América; pero cuando se trata de precisar el significado exacto de su obra o de su vida, se suele llegar a una especie de nebulosa en que sus méritos y virtudes se nivelan por lo alto, o por lo bajo, se invierten sus valores y se desdibuja su personalidad. Es el sino de muchos grandes hombres sobre quienes sólo a paso lento y por amplia perspectiva histórica se va cuajando el juicio más aproximado a la realidad. Para llegar a ella es menester una larga depuración y un paciente análisis, hecho a contribución y en virtud de parciales esfuerzos, de cuya suma únicamente puede deducirse la conclusión que deja satisfecho el afán crítico y firme el pedestal de la gloria. Quizás no sea hora todavía, tratándose del señor Suárez, de dibujar el cuadro total de su vida y de su obra, primero porque aquella no está aún lo suficientemente alejada de la nuestra para que hayan cesado las pasiones que entorpecen el juicio, y segundo porque

* Discurso pronunciado en la Academia de la Lengua para conmemorar el primer centenario del nacimiento del escritor antioqueño, el día 21 de abril de 1955.

la investigación sobre ésta se encuentra apenas en etapa incipiente y no existen las contribuciones que faciliten la elaboración de una síntesis completa. ¡Ojalá el centenario que estamos celebrando sea ocasión propicia para tan necesarios aportes!

Yo me propongo, por encargo honrosísimo de la Academia Colombiana, recibido a manera de imposición reglamentaria, contra la cual no valdrían excusas personales, hacer unas cuantas consideraciones en torno al tema de lo que significó el autor de los *Sueños de Luciano Pulgar* dentro de los estudios filológicos en Colombia, y de su posición frente al problema de la lengua. Quisiera, al menos, sentar las bases para un capítulo de la historia de la filología en nuestro país, ambicionable tarea para doctos investigadores futuros.

Dicen los biógrafos del señor Suárez que su preocupación por el idioma se hizo sentir desde los años de su primera juventud. No se han aducido los documentos pertinentes, como serían las tareas escolares de su adolescencia y los primeros ejercicios literarios realizados en sus años de seminario, pero sí consta que su afición a los estudios del lenguaje lo llevó a presentarse a un concurso que la recién fundada, y ya prestigiosa, Academia Colombiana abrió en 1881 para premiar el mejor trabajo a propósito del primer centenario del nacimiento de don Andrés Bello. En efecto, su *Ensayo sobre la Gramática de don Andrés Bello*, con el que entró a la competencia, obtuvo un fácil triunfo, y al conquistar para su autor el título de académico correspondiente, lo colocó de golpe entre los eruditos maestros del idioma. La fama bien ganada de don Rufino José Cuervo como maestro de la filología, atraía a los jóvenes y era parte principal para suscitar nuevas vocaciones. Sus trabajos anteriores al primer viaje a Europa, en especial las *Apuntaciones críticas sobre el lenguaje bogotano*, eran lectura tan seria como amena y constituían, junto con los sesudos ensayos de su amigo don Miguel Antonio Caro, preciosos aportes a la nueva ciencia que florecía en los cultos centros de ultramar. Así que a un muchacho como Marco Fidel Suárez, venido de su lejana Antioquia con fiebre de sabiduría y anhelos de superación, un ambiente tal tenía que deslumbrarlo y centrar sus intereses intelectuales en torno a los estudios filológicos. Además, los dos

egregios bogotanos tenían virtudes de Mecenas magnánimos, y don Rufino, comprendiendo que en el tímido vencedor del certamen académico alentaba un espíritu de fina garra, lo llevó a su lado para que le ayudara en la recolección de materiales para su gran *Diccionario de construcción y régimen*. Hay que imaginarse cuál sería la emoción de Suárez cuando, vencida la tragedia de su niñez y de su adolescencia, ve abrírsele los caminos del triunfo y se siente llamado a colaborar con el maestro por quien experimenta una especie de extática admiración. En encantadora reminiscencia nos ha dejado el dato cronológico exacto de ese inolvidable momento de su vida: “Qué curioso — dice en uno de sus *Sueños* —. Ahora recuerdo que hace cuarenta y cuatro años, siendo yo escribiente del bondadoso y caritativo autor de las *Apuntaciones* y del *Diccionario*, le oía decirme: trabaje, trabaje, que aunque a veces las semillas caen en pedregal, al fin brotan y no se pierden”. Tal el comienzo de la obra filológica del señor Suárez. Buen comienzo, sin duda, para un joven de veintiséis años que unía a un rico bagaje intelectual el mérito de ganarse por asalto el prestigio y la simpatía en círculos sociales y culturales bien distantes de la zona opaca en donde se había educado. Fiel al consejo de su maestro y estimulado por su gloria, Suárez prosigue en su empeño de ahondar en el conocimiento de Bello y se da a la tarea de ampliar su *Ensayo*, ya sin otro propósito que el de divulgar las teorías del caraqueño y hacerlas acoger por el público hispano como suma y compendio de ciencia gramatical insuperable. Así nacen sus *Estudios gramaticales: Introducción a las obras filológicas de Andrés Bello*, publicados en libro en Madrid en 1885, con *Advertencia* y *Noticia bibliográfica* por Miguel Antonio Caro.

La materia está aquí condicionada por la misma obra de Bello, pues su comentador va siguiendo paso a paso la *Gramática* para glosar sus doctrinas y señalar sus fundamentos, cotejarlas con otros autores y aportar datos para corroborarlas, procurando aclarar aquellos puntos que juzga menos dilucidados para ponerlos al alcance de todos, siempre dentro de un tono de reflexivo elogio que no le impide, en ocasiones, apartarse discretamente de las doctrinas del Maestro.

En una *Introducción* de ocho breves capítulos hace la reseña histórica de la gramática castellana hasta llegar a Bello, para fijar los tres criterios que lo guiaron en su composición, a saber: el estudio del castellano en sí mismo, la aplicación de un método primordialmente experimental, y la atención al uso de los escritores castizos. Al desenvolver el pensamiento de Bello así condensado, Suárez hace hincapié en el acierto con que el autor se propuso estudiar el castellano, desligándolo de los viejos prejuicios que lo ataban a la gramática latina y prescindiendo de las endeble teorías, muy en boga por aquella época, sobre la gramática general, a la que concedió don Andrés Bello mínima importancia.

El antioqueño observa, sin embargo, que en ese punto, Bello llegó a una natural exageración y sacó conclusiones, “si no evidentemente confutables, a lo menos muy dudosas”. Más severo todavía, critica la que estima contradicción de Bello, quien al par que propugna un método inductivo, aplica con frecuencia otro ideológico; pero a renglón seguido exculpa a su maestro afirmando que no pudo científicamente sustraerse a esa aparente contradicción, lo cual confirma “su gran prudencia y exquisito tino” en no abandonarse a un método único. En cuanto al delicado problema del uso, el señor Suárez coincide con Bello en aceptar como norma el de los doctos, o, como dice el autor de la *Gramática*, “el buen uso, que es el de la gente bien educada”. A este respecto hace interesantes consideraciones sobre la inevitable variación de los idiomas — corrupción se decía entonces —; sobre la autoridad competente para legislar en esas materias; sobre la unidad del idioma en los pueblos hispanolatinos; sobre los escritores del Siglo de Oro; sobre arcaísmos y neologismos, pudiendo afirmarse que en todo ello sienta tesis lingüísticas corrientes en su tiempo y en su medio, sin alcanzar, por supuesto, la profundidad filosófica de un Miguel Antonio Caro ni el rigor científico de un Rufino José Cuervo, quienes disertaron en su hora sobre tales problemas. Pero es ya mérito de Suárez haber sabido interpretar y comentar con lucidez el pensamiento de Bello sobre materias que muchos reputaban por antiguallas académicas que debían ceder el paso al cientifismo de la gramática general, y que hoy, tras un siglo

de hondo cavilar y experimentar, vuelven a constituir en conjunto la posición teórica más acertada, ganando para Bello y su defensor el título de magistrales expositores que en mucho superaron a sus contemporáneos.

El autor de los *Estudios gramaticales* comienza luego a ponderar lo que debe la ciencia gramatical a Bello como clasificador sagaz de la conjugación castellana e intérprete feliz del significado de los tiempos verbales; riguroso analista de la proposición; expositor didáctico de materias abstrusas (acerca de lo cual hace muy sensatas reservas), y, en fin, autor del texto más original y novedoso, más profundo y erudito que hasta entonces se hubiera escrito sobre cuestiones gramaticales. Que el señor Suárez no andaba descaminado en una apreciación tan laudatoria, bastarían a probarlo las palabras que acaba de estampar el nunca bien llorado maestro de la filología hispánica, Amado Alonso, al presentar la nueva edición de *Obras completas* del gran venezolano: "La *Gramática de la lengua castellana* de Andrés Bello, escrita hace más de un siglo, sigue hoy mismo siendo la mejor gramática que tenemos de la lengua española".

No quiero fatigaros haciendo el recuento minucioso de lo que el señor Suárez opina sobre cada uno de los temas tratados por Bello. Simplemente os diré que su plan consiste en ir examinando capítulo a capítulo la obra de Bello, y luego de sintetizar en breves términos la idea del gramático, glosarla con pertinentes reflexiones que la amplían o precisan, ponderar la novedad de sus doctrinas y exhortar a su seguimiento, sin dejar, como ya lo anoté, de señalar, con criterio independiente, lo que cree susceptible de enmienda o de mejora. Pero presiento que a muchos habrá asaltado la pregunta de fondo: ¿en sus *Estudios gramaticales* el señor Suárez aportó algo nuevo a la *Gramática* de Bello? Yo me atrevo a afirmar que, doctrinariamente y en lo que es esencial a la misma, el comentador no contribuyó propiamente con tesis totales o parciales que revelen o den mayor valor al libro inmortal. Suárez hizo una exégesis de la *Gramática*, de indudable mérito, porque en ella reforzó, con recta interpretación y en limpio estilo, las doctrinas filológicas que tan genialmente concibió don Andrés. Su obra

es lo que hoy llamaríamos una reseña bibliográfica hecha, desde luego, a conciencia e inteligentemente, pero sin que la materia reseñada sufra un tratamiento nuevo o se replantee con enfoques distintos. El reseñista examina las fuentes de Bello, coteja sus teorías, las completa con datos adjetivos muy útiles y consigue lo que en realidad se propuso, que no fue otra cosa que difundir el admirado texto bellista y ganarle adeptos al venerado maestro. Caso muy distinto al de Cuervo cuando acometió la tarea de glosador de la *Gramática*. Este tomó puntos concretos de ella y en su estudio se detuvo, cuando el caso lo requería, con extensión y rigor analítico notables, hasta dar nueva luz a lo tratado, o remodelarlo en forma distinta del original, produciendo así un comentario de tipo investigativo y eminentemente científico que dio nuevo ser a la *Gramática* y convirtió a Cuervo en coautor del libro, como universalmente se acepta, hasta el punto de que hoy no puede reeditarse omitiendo la parte del colombiano, porque se considera esencial a él e indisoluble, como un solo cuerpo de doctrina. Diríamos que los dos colombianos toman en sus manos el cuadro dibujado por Bello, pero al paso que el uno lo contempla con amor y lo exhibe ante los espectadores con frase laudatoria, el otro retoca con finura la imagen, le infunde nueva vida y le imprime su peculiar fisonomía. Lo de Suárez es una disquisición crítico-expositiva en torno a la *Gramática*; lo de Cuervo es un análisis de carácter lingüístico y filológico sobre determinados puntos de ella, con penetración y agudeza que van a la raíz misma de los problemas. Cada uno tiene su mérito dentro del respectivo fin propuesto y bien logrado; mas desde el punto de vista del avance científico, valen sin comparación mucho más las *Notas a la Gramática de Bello* de don Rufino José Cuervo que los *Estudios gramaticales* de don Marco Fidel Suárez; dicho sea en honor de la verdad tantas veces desfigurada, y sin disminuir con esto la gloria del prócer, cuyo centenario ha de darnos ocasión para defenderlo de hiperbólicas alabanzas tanto como de protervos ataques. Con este criterio de justicia, sigamos avanzando en el examen de su obra filológica.

Poco antes de los *Estudios gramaticales* había publicado en el *Repertorio Colombiano* (X, 123) un artículo sobre *El pro-*

nombre posesivo que subtítulo “Muestra de una gramática histórica de la lengua castellana”, y que incorporó en gran parte a los mismos *Estudios*. Debemos reconocerle a este ensayo de Suárez un mérito extraordinario, porque en una época en que para el español no habían nacido los estudios de gramática histórica, pues aún estaban lejos Menéndez Pidal y Federico Hanssen, Suárez hacía un primer intento de sistematización, limitado a una clase de pronombres, pero evidentemente agudo en lo que respecta a la delicada diferenciación de matices semánticos y con un abrumador acopio de testimonios del uso clásico, antecedentes que hubo de tener en cuenta don Rufino José Cuervo, según propia confesión, para su monografía sobre *cuyo*, en el segundo tomo de su *Diccionario*. Suárez flaquea en cuanto a orientación del criterio y no parece conceder mayor importancia ni al método comparatista, ya tan avanzado a fines del siglo, ni al uso dialectal que se hace imprescindible tratándose de buscar la clave de los problemas a la luz de la historia. Es también grave descuido suyo la vaguedad e imprecisión en la parte documental de su ensayo, máxime cuando tenía a la vista en esa materia el ejemplo del rigorismo científico de Cuervo, quien una vez superada la etapa de sus primeros trabajos, se señaló por la más escrupulosa atención a mínimos detalles, que en estas disciplinas resultan ser de máxima importancia. Pero sea de ello lo que fuere, Suárez apunta en ese juvenil escrito muy al blanco de arduas cuestiones de la ciencia lingüística, en la que hubiera dado de lleno si su clara inteligencia logra desligarse algo más del prejuicio de la lógica y de la gramática, aceptadas como únicos carriles para llegar al análisis del lenguaje. Suárez miraba todavía con demasiada fijeza, para orientarse por el mar de la ciencia, al criterio del uso regido por la lógica, y tenía de la gramática un concepto demasiado rigorista. Su norma fue siempre la corrección gramatical y a ella fue tan insobornablemente fiel, que en sus aras sacrificó muchas veces el vuelo juguetón de su fantasía, pues lo vemos en sus escritos de madurez complacerse en acoger giros o vocablos cuya expresividad reconoce pero a los que condena en holocausto a la gramática. Suárez demostró, con su elocuente ejemplo, que se puede ser escritor de calidad artística

muy alta siguiendo los preceptos de la gramática normativa, y precisamente por ello, con lo cual puede comprobarse de paso que si para ser buen escritor no basta la gramática, ésta tampoco es un estorbo, como muchos han aseverado con rebeldía, que acaso no es más que velada incapacidad de comprenderla, o franca repulsión del esfuerzo mental que ella requiere.

Puede decirse que estos dos primeros ensayos, porque demostraban la sólida estructuración y notable cultivo intelectual de su autor, le granjearon merecida fama e hicieron esperar de él nuevas y más notables producciones. Lamentablemente no acaeció así. El medio frustró, en gran parte, esta vocación que se iniciaba con tan buenos auspicios, y el novel académico, por obra de circunstancias personales, necesidad de recursos de fortuna y natural inclinación hacia el terreno de la acción, en servicio de sus ideales políticos y religiosos, ingresó a la administración pública y empezó a perfilarse con eximias virtudes de estadista. La sociedad iba ganando un conductor, al paso que la especulación científica perdía a uno de sus más promisorios iniciados. A medida que avanza en su carrera pública y conquista más y más lauros como político, sagaz expositor de teorías y defensor de prácticas operantes en el campo del derecho internacional, orador de impecable prosa castiza que fluye del rico tesoro de sus conocimientos enciclopédicos, disminuyen las posibilidades de que cuaje en obra de aliento su magna capacidad e intuitiva penetración de los problemas lingüísticos. Sus lecturas se alejarán cada vez más de aquellos a quienes dedicó su ávida curiosidad juvenil, y en la ancianidad sólo lo acompañarán recuerdos un tanto borrosos del elocuente Max Müller o de los creadores de la romanística, especialmente Diez y Pott, vagas reminiscencias del filosófico Leibnitz, comprensiva admiración por Hervás y Panduro, por Littré, por Bello, y como es natural, por sus compatriotas y protectores Caro y Cuervo, a quienes repasa con moroso deleite.

En 1907 apareció a la luz pública una novela titulada *Pax*, cuyos autores eran don Lorenzo Marroquín, ganador con Suárez del premio otorgado por la Academia en 1881, y don José María Rivas Groot, el famoso escritor de *Resurrección* y *El triunfo de la vida*. En esa obra, cuyo juicio no me corresponde,

se quiso ver figurados una serie de personajes de la vida real colombiana, lo que dio origen a acerbas críticas y graves resentimientos, porque la fina sátira de los autores vapulaba sin escrúpulos a muchos notables de la época. Don Marco Fidel Suárez, parece que erróneamente, se sintió allí aludido y zaherido en punto muy delicado, como que se hacía relación a genealogías y timbres de nobleza, de los que tuvo siempre un concepto muy democrático. Saltó entonces, con pluma que destila veneno, a hacer una crítica mordaz del libro y, tomándolo hábilmente por el lado en que su autoridad no hallaba réplica, escribió el *Análisis gramatical de Pax*. Para la comprensión de su carácter contradictorio y complejo, que se revela en manifestaciones de suprema humildad cristiana y brotes de altivo resentimiento, resulta particularmente interesante este escrito del señor Suárez, que daría al biógrafo tema para un atento estudio psicológico. No tiene, en cambio, mayor interés desde el punto de vista filológico. Suárez toma la novela para analizar su lenguaje página tras página (por cierto con una ordenación sui generis a la que no se le halla explicación fuera del deseo de llamar la atención) y hace una pormenorizada lista de los que reputa yerros gramaticales o pecados contra las normas del buen decir. El susceptible académico quiere ingeniosamente cazar g a z a p o s de lenguaje en todas y cada una de las páginas de *Pax*, y se ensaña en su censura con notoria injusticia. Se tiene a veces la impresión de que su análisis es más una broma de tono zumbón y malicioso, que el producto de un sincero esfuerzo en pro de la pureza del idioma; pues si bien Suárez fue siempre aguerrido defensor de los preceptos retóricos y los cánones gramaticales, su criterio no fue tampoco tan estrecho como para equipararlo con el de un Baralt o un Padre Mir. Repásense sus frecuentes defensas de neologismos y provincialismos, en las que llega hasta a apartarse de las doctrinas académicas, y no se olvide que él mismo gustaba de innovar su castiza prosa con refranes y giros pintorescos de su nativa Montaña. Más aún: por las últimas páginas del *Análisis* corre un ligero soplo de arrepentimiento por haberse excedido en el reproche. Oigámoslo: "Agregaré, por fin, como se estila al pie de todo balance, que formulé este diagnóstico salvando cualquier error que haya po-

dido inspirarme la parcialidad que tiene que haber nacido en mí de verme lastimosamente retratado en la tremenda novela". Y a renglón seguido anota concretamente que críticas como las que hizo a *incapaz*, *policía*, *pozo* y *tranvía* pueden haber sido "más severas y exigentes de lo necesario". Por lo demás, la obra, que hace involuntariamente recordar a don Antonio de Valbuena, no deja de acumular una buena cantidad de finas observaciones sobre buenos y malos usos, sobre la lógica que al escritor debe guiar y sobre el cuidado y atildamiento que exige una obra literaria en su plan general y redacción particular. Prueba además su indiscutible conocimiento de los mejores autores de la lengua desde los tiempos medioevales hasta sus contemporáneos. En suma: el *Análisis gramatical de Pax* es más un curioso documento biográfico y una muestra del ambiente cultural colombiano en la primera década del siglo, que una obra de valor filológico de la que pueda derivarse algún provecho.

Con motivo del centenario de la Independencia Nacional en 1910, don Marco pronunció en la Academia Colombiana un discurso que ha venido figurando en su bibliografía con el nombre, impuesto por el mismo autor, de *El castellano en mi tierra*. Comprende dos partes claramente definidas y de muy distinto valor. En la primera hace un resumen de la evolución del castellano e indica cuáles fueron los elementos que contribuyeron a su formación, siguiendo un derrotero que en su tiempo tenía alguna originalidad y que hoy es común y corriente en cualquier manual de historia de la lengua. En la segunda entra a hacer un cotejo interesantísimo entre el habla popular americana, más precisamente colombiana y antioqueña, y la que usaron en sus obras muchos de los escritores peninsulares. Se propone demostrar cómo el contacto de los descubridores con las cosas y el ambiente del Nuevo Mundo produjo en la lengua una serie de modificaciones que deben reputarse como natural capacidad de adaptación y prueba de la riqueza y flexibilidad del romance castellano. Con la cita de numerosos ejemplos va haciendo ver que en su Antioquia nativa el pueblo conserva iguales, o con ligera variación, modos de decir que fueron patrimonio de la tradición española desde remotos tiempos. La

conclusión a que llega es la que se desprende lógicamente de su manera de estudiar los hechos lingüísticos; que el deber de los hablantes americanos es preservar, defender y conservar puro y castizo el caudal del idioma. Respaldar la tarea de la Real Academia Española de fijarlo y depurarlo en ambos mundos. Todo lo cual se ilustra con el obligado símil horaciano del árbol cuyas hojas “verdean, amarillean y se caen para volver a brotar, pero siempre con una savia y una forma, hasta que al cabo de los años viene el tronco a tierra”.

Los últimos cinco años de su vida los dedicó el señor Suárez a escribir esa admirable serie que se conoce con el nombre de *Sueños de Luciano Pulgar*, especie de enciclopedia de sus conocimientos y experiencias en la vida pública, magistral recopilación de las ideas y principios que amó y defendió en toda su vida, y justificación de sus actuaciones como jefe político y como gobernante. En ellos no podía faltar el tema de su predilección, ni dejar de aparecer su constante preocupación por las cuestiones del lenguaje. A cada paso el escritor que, a imitación del clásico de Samosata, empleó el diálogo como forma literaria de expresión, interrumpe el relato de un suceso de la vida nacional o la docta disquisición jurídica, filosófica o religiosa, para entremezclar con gracia y oportunidad, ora un apunte gramatical, ora el posible origen de un vocablo o de un refrán, ya un dato de la historia del castellano o de la literatura. En el transcurso de la obra incide sobre el mismo caso dos, tres y más veces, ya que los diálogos se escribían a vuela pluma y sin previo planeamiento, de suerte que el tema general adoptado lo iba llevando de una en otra digresión. Es seguro que el señor Suárez pensó en recoger en forma sistematizada y ordenada todo ese acervo de notas dispersas en sus *Sueños*; pero lo cierto es que la vida no le dio tiempo para dar cima a una obra que hubiera podido ser lo mejor de su cosecha en el terreno de la filología románica.

El académico don Eduardo Caballero Calderón tuvo el acierto de seleccionar en un tomo que lleva el título de *Sueños gramaticales de Luciano Pulgar*, todas aquellas apuntaciones que sobre lenguaje dejó don Marco en los doce volúmenes de su obra, interpretando así el querer del autor de presentarlas

en libro aislado e independiente. Tenemos, pues, mucho de lo que hubiera sido esa obra no concluída, y nos queda, de todos modos, coleccionado lo que fue real labor filológica dentro de los *Sueños*. Aquí observamos las mismas virtudes y defectos del resto de su obra; el mismo criterio gramatical y académico de purismo moderado; la misma profusión de datos y materiales aprovechables; igual finura para fijar acepciones y esclarecer significados, y la utilización de su vasto y seguro conocimiento de la literatura clásica. Aquí y allá acuden a su fiel memoria recuerdos de sus lecturas predilectas, y transcribe apuntes hechos al correr de esas mismas lecturas, que quedan como bocetos o proyectos, diseñados con cariño, mas nunca terminados. De manera particular revela curiosidad por la onomástica, campo entonces tan escasamente explorado, y trae a ese respecto aportes de mucha consideración que no podrán dejar de tenerse como antecedente valioso por quienes en Colombia se dediquen a esa difícil rama de la investigación. También atiende al tema de los americanismos, por el que se sintió siempre tentado, y consiguió de ellos aquí una clasificación bien pensada y cuidadosa que desarrolló con acopio de noticias importantes sobre las vicisitudes en nuestra tierra de los vocablos castellanos y sobre el enriquecimiento que dio América a la España imperial a causa del abundoso léxico aborigen. Todo ese material filológico de los *Sueños* podría bien utilizarse con carácter de información para trabajos de dialectología americana, y está esperando una clasificación y unos índices, labores no intentadas por Caballero Calderón, que den al investigador la facilidad necesaria para su manejo.

Otros trabajillos menores del señor Suárez, como su sonado fallo gramatical en el pleito del Ferrocarril del Norte, o la respuesta a consultas que se le hacían sobre buenos y malos usos, no añaden nada a su obra de conjunto, ni alteran el concepto que de ella nos hemos formado.

Y puesto que no deseo seguir abusando de vuestra ya larga paciencia, permitidme terminar con un intento de parangón entre Caro, Cuervo y Suárez, los tres grandes colombianos a quienes la crítica superficial ha catalogado como filólogos emi-

entes, sin discriminación de su labor realizada, de su temperamento y de su posición ante la ciencia del lenguaje.

En realidad, son ellos tres casos bien diferentes que apenas tienen de común el hecho de haberse ocupado en problemas de la lengua. Los dos primeros llevan sobre el último, en el tiempo, dos lustros de ventaja, pero a todos tres los nivela, en un momento dado, la misma inclinación vocacional, idéntica tensión del espíritu, ávida sed de lecturas, gran capacidad de trabajo y muy semejantes dotes para comprender y asimilar. Su común preocupación en un principio es la pureza idiomática, la corrección del lenguaje. Piensan en un tipo ideal de español, el español del Siglo de Oro, el que desean fijar y conservar como instrumento de las más perfectas calidades estéticas para expresar el pensamiento. La idea que inspiró a los fundadores de la Real Academia en el siglo XVIII sigue estimulándolos en su celoso apostolado para predicar las excelencias de la lengua de Castilla, reputada como dechado de cortesanía y elegancia. El anhelo de unidad lingüística, el impulso historicista hacia lo nacional hispánico para contrarrestar el peligro siempre amenazante de fraccionamiento, son los resortes que mueven a nuestros filólogos de mediados y fines del siglo XIX. Pero al paso que Suárez no salió en su vida de esta postura académica, con haber sobrevivido en quince años a sus colegas, Caro tuvo ocasión de mostrar su amplia visión y la característica densidad de pensamiento que puso sello de profundidad a casi todas sus obras y Cuervo la abandonó radicalmente, hasta llegar a un extremo positivismo desde el cual miró, impotente y melancólico, la lucha contra una fatal desmembración. La actitud cultural de Caro y Suárez fue radicalmente académica, y aunque ambos se dispersaron hacia múltiples actividades del espíritu, lejos del puro especialismo lingüístico, nunca dejaron de luchar porque se mantuviera una ideal pureza idiomática. Cuervo, al ahondar con tesón invariable en un estudio que le absorbió todas las horas y concentró todas sus facultades, fue alejándose visiblemente del dogmatismo académico y perdiendo, junto con la fe casticista de su juventud, el duro ceño de censor. Suárez no se desilusionó nunca de la posibilidad de imponer una norma disciplinaria al castellano; Cuervo, a me-

didada que se adentraba en el dominio de los hechos lingüísticos, se tornaba cada vez más escéptico, pero amaba con mayor pasión la lengua como expresión de la vida del espíritu, y lograba sorprender mejor el misterio de su capacidad creativa. Por eso el aporte de importancia para la ciencia del lenguaje está del lado de Cuervo y no de Suárez. Y en el balance de lo que a Colombia deben las disciplinas del idioma, el saldo favorable pertenece al autor de las *Apuntaciones* y el *Diccionario*, sin que nadie vaya a menospreciar lo que dejaron Caro y Suárez, quienes no necesitan para su gloria de títulos que no les corresponden. Caro será siempre el humanista integral de nuestra historia literaria, el más agudo crítico y ágil polemista que hemos tenido y quien, paradójicamente, encarna mejor en América un tipo de cultura renacentista que fue ambicionado por nuestros hombres de letras del siglo XIX. Suárez lo sigue muy de cerca en las disciplinas humanísticas y en la vibrante defensa de su ideárium hispanista y católico; lo supera en pureza de estilo y sobriedad de lenguaje, pero no alcanza la solidez y extensión de pensamiento que en Caro dan la impresión de una inmovible mole de granito. Las incursiones que uno y otro realizaron por los campos de la filología, más frecuentes y más serias en Caro, no son sino el producto de una visión total de la cultura que descubre repentinamente en la lengua un motivo atrayente, porque al plantearles el problema de la arcana relación del signo con lo significado, se les ofrece como clave para penetrar en un vasto universo de belleza que ellos anhelan poseer. La posición de Cuervo, en cambio, que inicialmente parecía ser la misma, llega a ser la contraria. El mira la cultura desde dentro de la lengua y en ella encuentra la razón de ser de los fenómenos culturales. La evolución del habla le va dando la explicación del desenvolvimiento intelectual de los pueblos, y acude a la historia del castellano para hallar una luz con la que pueda alumbrar el camino del desarrollo cultural. Cuervo tiene una vivencia de la lengua, y desde ésta mira al mundo; Caro y Suárez la contemplan como un bello espectáculo en el horizonte abierto de las ciencias humanas. Pero es interesante observar que todos tres tienen clara conciencia de la posición que han adoptado. "Hablo con abso-

luta independencia científica, sin amor ni desamor”, le dice el señor Cuervo a don Juan Valera en la célebre polémica que sostuvieron en 1900; y a don Ernesto Quesada al mismo propósito: “Al escribir ese artículo no tuve otro intento que el de defender la verdad científica contra las pretensiones del dilettantismo”. En cambio, en los *Sueños*, obra de la vejez del señor Suárez, se leen a cada paso frases como esta que no pueden achacarse a falsa modestia: “Hay que repetir y volver a repetir que nosotros no poseemos ni aun el *christus* de estas recónditas especies, las cuales se fundan en principios y se desarrollan por leyes que son patrimonio exclusivo de verdaderos profesores”. Caro, por su parte, nunca se confiesa ignorante de tales asuntos o mero aficionado, ni alardea tampoco de lingüista, pero sabe a ciencia cierta qué son y hasta dónde llegan en su tiempo las disciplinas científicas del idioma. “Admiro la verdadera filología, dice, que es ciencia difícil y profunda e íntimamente enlazada con las demás ciencias y con la historia, y gusto de las gramáticas y obras de crítica gramatical, escritas por personas competentes que, a decir verdad, son rarísimas en los países de lengua española”. Y en otra parte sentencia: “La civilización no avanza en todas sus formas paralelamente, y en las regiones en que se habla el español la filología está en mantillas”. Estas breves referencias, tomadas al azar, sirven para ilustrar lo que cada uno siente de sí mismo frente a una ciencia que ama y que ve desarrollarse y crecer a su lado. Cuervo sabe que es un especialista y que, por haberse quemado las pestañas en largas vigiliat inquisitivas, puede rechazar enfático a quienes con audacia de *dilettanti* sientan tesis sin sólida base de experimentación. El percibe su superioridad, y aunque su discreción no le permite decirlo, está seguro de que conoce mejor que todos sus contemporáneos de Hispano-América los problemas y el método de la filología, que ha aprendido en los más sapientes autores de cada época. Caro no estudia el idioma como ser en sí, sino como medio para subir a planos más altos y resolver problemas de índole cultural, y porque se da cuenta del esfuerzo que realiza en ese sentido, le conviene a cabalidad el dictado de filólogo. Suárez encuentra en la gramática tradicional el medio más conducente para analizar el idioma, y en esa direc-

ción trabaja para hallar conexiones que pongan de acuerdo la lógica con el uso erudito. Desconfía todavía de las conclusiones a que puede llevar el comparatismo lingüístico, pero no desdén las descripciones del lenguaje oral o dialectal, hechas empíricamente, como mera contribución de aficionado a los principios y leyes que saben fijar "los verdaderos profesores". De aquí que Suárez no se hubiera ocupado, *verbi gratia*, de la fonética general, que ya en sus días cobraba la importancia de ciencia-clave en los estudios de lenguaje, ni hubiera tocado la fonética histórica, recurso obligado de la etimología, ni hubiera abocado, más que de soslayo, problemas de índole semasiológica, ni mucho menos hubiera empleado el rigor textual y la escrupulosidad en las citas o en la nomenclatura, que eran ya corrientes en la fecha de su primera salida literaria, en 1881, cuando don Rufino José Cuervo publicaba la cuarta edición de sus *Notas a la Gramática de Bello*. A Suárez le estorba el aparato crítico y no sacrifica a la erudición documentada la flúida corriente de su prosa. Prefirió en toda su vida ser un escritor a lo clásico y decir lo que tenía que decir en lenguaje de sencillez magistral, que es el más difícil de los lenguajes, y no se puso a desenmarañar la compleja red del idioma en el que veía un prodigio de la inspiración divina y no un esfuerzo de la inventiva humana.

Sintetizando ya, en términos a los que puede dárselos la elasticidad que se quiera, pero que de cualquier modo apuntan a una realidad inobjetable, podemos afirmar que don Rufino José Cuervo fue casi exclusivamente un filólogo y un lingüista en la plena acepción de estas palabras. Don Miguel Antonio Caro fue un filólogo, aparte de otros atributos culturales de que disfruta ampliamente, y don Marco Fidel Suárez fue un gramático que tuvo la eximia cualidad de la gracia de estilo.

Reciba él en esta conmemoración centenaria nuestra más férvida alabanza por ese don que tan pocos hombres alcanzaron, y acepte nuestro homenaje a esa virtud intelectual que en él es reflejo de su virtud moral y que ha sido privilegio de muy contados inmortales.

RAFAEL TORRES QUINTERO.